

RODRIGO CORTÉS

SÍ IMPORTA EL MODO EN QUE UN HOMBRE SE HUNDE

SÍ IMPORTA EL MODO
EN QUE UN HOMBRE SE HUNDE

DELIRIO

SÍ IMPORTA EL MODO
EN QUE UN HOMBRE SE HUNDE

EDITORIAL
DELIRIO

RODRIGO CORTÉS



Colección de Narrativa Iría, 4

Primera edición: noviembre de 2014

SÍ IMPORTA EL MODO EN QUE UN HOMBRE SE HUNDE

Colección de Narrativa Iría, 4

© 2014, Rodrigo Cortés

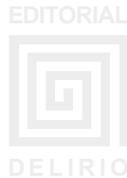
© 2014, EDITORIAL DELIRIO S.L.U.

www.delirio.es / info@delirio.es

Edición y diseño: Fabio de la Flor

Impreso en España.

Printed in Spain.



ISBN: 978-84-15739-10-4

Depósito Legal: S.504-2014

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

ÍNDICE

9	<i>nota del autor</i>
13	<i>choque. martín</i>
47	<i>negación. pizarro</i>
101	<i>ira. laura</i>
137	<i>negociación. edmundo</i>
153	<i>depresión. santillana</i>
185	<i>aceptación. harry el sucio</i>
191	<i>muerte. martín otra vez</i>
195	<i>apéndice</i>

Nota del autor

ME GUSTÓ MÁS EL LIBRO

Las relaciones entre cine y literatura y el modo en que un medio se vierte en el otro (y el otro en uno) son complejas y diversas. Un autor derrama su nobleza en unas cuartillas y lanza el libro acabado sobre la verja de una productora. Es uno de esos títulos que se reeditan con el cartel de la película envolviendo el texto, para que no lo compre ni el que disfruta leyendo (que no quiere libros con Julia Roberts en la cubierta) ni el que no (que no los quiere ni con ella). A veces sucede al revés y todos damos por hecho que el resultado es aún peor: una película acaba en la imprenta gracias a la apresurada pluma de un escritor a sueldo que toma un guión aún caliente y lo espolvorea de adjetivos y descripciones. La cubierta recoge de nuevo el cartel de la película, el mundo sigue su marcha y la única diferencia apreciable es que ya no está bien decir: «Me gustó más el libro». La dignidad reside en llegar primero. Pero mientras todos sabemos que *Guerra y Paz* y *Las uvas de la ira* tuvieron vidas saludables antes de convertirse en películas, muchos se sorprenden al conocer que *2001: una odisea espacial* o *El tercer hombre* se escribieron después. El pasado y el futuro. El presente y el entre-tiempo de las camisas de manga larga y las chaquetas finas...

Sí importa el modo en que un hombre se hunde (*Concursante*, si a eso vamos) es un caso diferente. Diferente como tantos. Si bien *Concursante* se estrenó varios años antes de que *Sí importa...* se publicara, no existió antes de él. Ni después tampoco. La novela que tienen en sus manos nace, en cierto modo, del primer borrador del guión: un legajo de 185 páginas que acabó reducido a las 90 que la ley exige. Mientras reestructuraba el libreto, acortaba diálogos y exiliaba personajes, escribía por las noches una novela que hacía menos gravosa la poda y me permitía avanzar sin remordimientos. Novela y guión se concluyeron al tiempo, compartiendo cromosomas, aunque no duración ni traje. A menudo me preguntan: «¿Tendría *Concursante* más éxito si se reestrenara ahora?». La respuesta es, naturalmente: No. Por si acaso, les presento ahora el libro, convenientemente revisado y sin Julia Roberts en la portada, para que les guste más que la película. Pueden preguntarme por él, si así gustan, dentro de unos años. Cuando vean el musical.

DELIRIO

Rodrigo Cortés

La evolución espontánea de un sistema aislado se traduce siempre en un aumento de su entropía. Todos los sistemas aislados tienden al desorden.

SEGUNDA LEY DE LA TERMODINÁMICA

EDITORIAL

... Paradójico destino es el de esta criatura alucinada: saber cada día más y comprender cada día menos. Exteriorizarse cotidianamente de manera inevitable hasta perder la propia identidad, alejándose obligatoriamente de sí mismo para fundirse con lo externo.

JOHN BAINES, «El hombre estelar»

EDITORIAL

1

CHOQUE. MARTÍN

DELIRIO

I

–Enhorabuena –dice el decano Santillana–. Ante todo, enhorabuena.

–Muchas gracias, señor Santillana –contesto con recelo.

–Sonríe usted mucho.

–A nadie le amarga un pepino.

Es un despacho sucio, a pesar de su limpieza; Santillana es un tipo extraño y eso debe ser tenido en cuenta. Los archivadores A-Z forcejean con las carpetas de cartón en su lucha por fagocitar los muebles, reverberación de décadas pasadas, tratando de devorar la mesa, vieja, sólida, desportillada, demasiado grande. Cada rincón de la facultad se limpia escrupulosamente a diario desde que el año pasado, en abril de 2006, tomara las riendas el nuevo decano. Es la norma. El papel higiénico es repuesto con rigor en los servicios de los alumnos, quizá con la intención de transmitirles que importan. No a mí. Es un despacho limpio muy sucio.

–Confío, señor Circo, en que su particular situación no influirá en su trabajo –chirría Santillana a la vez que su silla de ruedas.

–Descuide, señor Santillana. Nada cambiará.

–Eso es exactamente lo que temo. Lo lamento de veras, pero no pude verlo anoche, no veo mucho la televisión. Se me pasó. Lo pusieron anoche, ¿verdad?

–De todos modos, era grabado. Parece que graban varios programas del tirón en un día y llevan cierta antelación con las emisiones, para tener margen, es un... No se preocupe.

—No soy contrario a los cambios, créame, pero hace tiempo que perdí toda esperanza en los suyos. Me conformo con que su labor no se vea perjudicada por tanta suerte —sentencia sujetando una de las ruedas y proyectando la opuesta para girarse—. Todo es empeorable.

—No sabe cómo... ¿Sabe? Agradezco sus palabras, son... Alguien debería incluir eso en mi epitafio. Gracias otra vez —digo antes de abandonar la habitación tratando de descifrar qué ha pasado.

Es la primera vez que piso el despacho del decano en sus dos años al frente; no es un buen comienzo, después de todo. Aunque, seamos realistas, nada comienza en un despacho, y mucho menos en el de Santillana. En este despacho las cosas tienden más bien a acabar.

Todo comenzó antes, antes, antes...



Todo comenzó en una fiesta, una fiesta con brindis y sonrisas y burbujas, una de esas fiestas que preparan las madres cuando los demás no miran. En realidad, todo comenzó cuando envié la etiqueta, una etiqueta amarilla y rectangular enmarcada en líneas discontinuas, una etiqueta como las de antes... Una etiqueta así no se consigue de cualquier manera, no golpea la puerta con nudillos recortables y se desliza obediente en el bolsillo, es preciso comprar un café que ni siquiera es barato y sabe como deben de saber los pies de los demás: infecto, de color indeterminado, no negro ni marrón ni oscuro siquiera, sino simplemente indeterminado, como los estudiantes

que deciden matricularse en Periodismo. Es probable que parte del café atravesara mi faringe en su calculado suicidio vertical, pero traté de escupir a tiempo y el resto fue expulsado con el desayuno. Había que pasar por aquello para participar en el concurso que dio lugar a la fiesta, que es donde empezó todo si no contamos lo de mi nacimiento, que lo contaremos, pero no ahora, sino, tal vez, más adelante: mis recuerdos tienen el orden que tuvo mi vida y ése es el tipo de orden que sigue un niño al vestirse.

A mi madre todos la llamaban Conchita hasta que se enfadó hace cinco años y pidió que la llamáramos Azucena, o Azu como mucho, nadie sabe bien por qué, pero nadie sabe a cuento de qué la llamaban Conchita, así que todo está bien, confuso y en tablas; ella ha organizado la fiesta y decidido quién viene. Alfredo es su novio. Es posible que novio no sea la palabra más adecuada para definir a un hombre de más de sesenta años, pero mi madre tiene una opinión diferente, tal vez porque es mayor que él. Normalmente le llamo Adolfo, yo tiendo a confundir los nombres que no me importan. Alfredo es un hombre gris pálido, con bigote gris pálido, extrañamente inmóvil y con aspecto de bosnio de intercambio, un ser que no molesta y se hace a un lado si se le mira con la suficiente intensidad, lo que lo diferencia de un taburete y lo hace mejor que los otros novios de mi madre, con la posible excepción de mi padre, como es natural. Murió el mismo día en que cumplí los diez años, dándome algo en que pensar para el resto de mi vida. Quedó calcinado en un terrible incendio que dejó a mi madre sin marido, sin casa y conmigo; en su testamento pedía que lo incineraran y donaran sus cenizas a la ciencia, pero bastó con rasparlo. Antes nací yo, claro, que es cuando comenzó todo, y después de que mi padre desapareciera de las fotos familiares mi madre pasó sola cerca de quince

años, tiempo más que suficiente para volver a casarse con un tipo más bien tonto y más bien bueno que tampoco supo aguantar vivo mucho tiempo y dejó como legado dos pequeñas secuelas: Marcos, que ahora tiene diez años, y Sara, que tiene seis; son mis hermanos, aunque parezcan mis hijos, y los nietos de mi madre, de modo que cuando ella esté inservible y atada a la cama ellos estarán tomando la comunión y gastando mi dinero, el dinero del concurso.

Pero no nos precipitemos...

Laura es mi novia, mi atractiva, irascible y competente novia. Sería el amor de mi vida si yo fuera menos egoísta o ella más guapa. Es bastante, mucho más inteligente que yo, huele bien, le gusta llevar los hilos, especialmente los míos, y se entiende muy bien con mi madre, quién sabe si demasiado; pasa mucho tiempo con ella, conspirando, según mi parecer, pero es mi novia y dice a menudo que me quiere, y yo digo: y yo a ti, y ella: tú nunca me lo dices, de modo que reacciono a tiempo y dejo que conspire, soy sensato y no remuevo, y me callo, que para eso tengo a Laura siendo un egoísta y un inmaduro, para callarme.

Así que todo comenzó en una fiesta, que es donde todo acabó.

III

Raramente me analizo a mí mismo. Mi nombre es Martín Circo Martín, tengo treinta y cinco años y jamás he hecho un ejercicio honesto de in-

trospección. Me da miedo. No quiero hacerlo porque si lo hago es posible que averigüe que no sé quién soy ni por qué hago lo que hago, por qué soy profesor de historia de la economía en lugar de traductor (o intérprete) o payaso en fiestas de cumpleaños, ni por qué soy cobarde y orgulloso en lugar de, qué sé yo, comprensivo y temerario. No quiero bucear demasiado porque tal vez averigüe que no soy nada que tenga que ver conmigo y que todo lo que soy es externo, impuesto y automático. Tal vez averigüe que tengo el grado de autonomía que tiene el perro cabeceante del salpicadero de un Ibiza, así que prefiero mantener la ficción de que cuento con cierto margen. Ni siquiera busco despertar en una cápsula gelatinosa y arrancarme una maraña de cables para descubrir que he estado viviendo un sueño prestado, a mí me bastaría con encontrar un buen programa, una buena actualización que me mantuviera al día con los cambios del exterior, dominar un par de aspectos triviales, rasgos agradables de mi carácter, alguna impostación de certezas para sentir algo menos de angustia y tener una intuición menos cruel de mi vacuidad. Pero la realidad se abre ante mí todas las mañanas a las nueve en punto de cada día lectivo y me recuerda que ni siquiera puedo moverme si no me tomo antes un café, y que he olvidado por qué soy profesor de historia de la economía en lugar de mamporrero o traductor. O intérprete. Hay quien prefiere a los profesores vocacionales con el afán de transmitir aquello que aman, que abandonan con entusiasmo el fin de semana para reencontrarse con imberbes sedientos de futilidad y humo. Yo los veo como autómatas con el único afán de verter sus cerebros en otros más jóvenes para garantizar la perpetuación de la infección docente.

Envidia a esos profesores.

Tengo la percepción de mis alumnos que tienen de su público los presentadores de televisión: entes invisibles a los que no miro y que importan aún menos que aquello que les explico. Cada mañana.

—Keynes. John Maynard Keynes, nacido en 1883 y muerto en 1946; *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, publicado en 1936 —anuncio en clase, apenas en alto, confiando en que el tiempo discorra hoy más rápido—. John Maynard Keynes fue el inventor de esa pseudociencia llamada macroeconomía que modeló de forma desastrosa el discurso político del siglo XX, mérito compartido con otra gente, como habrán notado al encender la tele. Pero, como dijo Moisés cuando entró en el desierto: No nos precipitemos. —Ni siquiera estoy seguro de no haber hablado ya de este libro, ¿a quién le importa? A mí no.

—John Maynard Keynes —continúo— nace en Cambridge en 1883. Hijo de John Neville Keynes, estudia en Eton y en el Kings College de Cambridge. Se gradúa en matemáticas y se especializa en economía, posiblemente aún ignorante de que ambas ciencias guardan entre sí la misma relación que la música que ustedes escuchan y la música. Comienza a trabajar como funcionario del Indian Office en 1906 y permanece dos años en Asia, hasta que en 1908 entra como profesor de economía, ¿dónde?, en Cambridge, ocupación que mantiene hasta 1915. En 1916 ingresa en el Tesoro británico, donde ocupa cargos importantes, blabláblá, blabláblá, regresa a Cambridge como profesor simultaneando su trabajo docente con actividades privadas en empresas de seguros e inversiones —lo que le proporciona, cómo no, cuantiosos ingresos— y resuelve dedicar su tiempo a criticar la política deflacionista del Gobierno oponiéndose de forma tan enérgica como inútil a la vuelta al patrón oro.

Hablo sin escucharme, arrastrando los pies con hastío, recorriendo de un lado a otro el estrado del aula. Miro al suelo. Ocasionalmente, alzo la cabeza y simulo pasear la mirada sobre el alumnado. Mis explicaciones ya eran así antes de convertirme en el hombre más afortunado del planeta y no veo ninguna razón para cambiar ahora. Para mí todo es un pacto: yo no les presto atención y ellos no me escuchan, llevamos años haciéndolo. El espectáculo debe continuar.

—Llegamos a la década de los treinta, los países de Occidente han sufrido la más grave crisis económica conocida hasta la fecha: la Gran Depresión. El marginalismo no estaba capacitado para explicar el fenómeno, así que —ya estamos aquí— John Maynard Keynes el redentor decide salvar al mundo con su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, el libro para niños que ha influido de forma más profunda en el modo de vida de las sociedades industriales tras la Segunda Guerra Mundial.

»Si falta dinero, basta con fabricarlo —cito, señalando a una alumna—. ¿Qué sucedería?

—Habría... inflación —contesta insegura.

—¿Habría inflación? ¡A la mierda la inflación! ¡Que el banco central imprima billetes! A mayor inflación, menor desempleo, ¿no es así? —Señalo a otro alumno.

—Pues... no —replica tratando de conectarse con su base de datos—. Si se fabrica dinero sin respaldo, se devalúa de forma automática: hay más dinero para las mismas cosas. Para equilibrar el mercado hay que... subir los precios. Eso es inflación, y la inflación no crea empleo.

Estoy enternecido, hablan como si prestaran atención.

—Sin embargo —prosigue—, Keynes decía: Si el sector privado no crea

suficientes puestos de trabajo, el Gobierno lo debe hacer. ¿Cómo? De cualquier manera: poniendo a la gente a hacer agujeros y luego a tapparlos. Prosperidad.

Dos alumnas me miran fijamente creyendo enamorarse. Es el programa, soy su profesor, sucede: jóvenes con trenzas compatibilizando la Universidad con las piruletas.

–Es guapo, ¿verdad?

–Pues no.

Pues no, dice la imbécil.

–También decía –continúo– que si se devalúa la moneda hay que producir más, que si no hay dinero hay que comprar y que el único modo de crecer económicamente es gastando. ¿Estaba loco? –Señalo a un holograma de pelo cardado.

–Era idiota.

–No nos pongamos demasiado técnicos. ¿Por qué estudiamos a Keynes?

–¿Podría ser más concreto?

–Pues no, no podría ser más concreto.

–¿Por qué lo estudiamos?

–Para que el programa de estudios mida esto –contesto sujetando con dos dedos un libro imaginario–, se enriquezcan las papeleras y acabemos con nuestros bosques. Y eso no podemos permitirlo bajo ningún concepto. A la calle todo el mundo, a vivir aventuras y a hacer el pino con los patines.

–Falta media hora –reclama una alumna.

–Pues se come usted un donuts –zanjo recogiendo los papeles–. A la calle todo el mundo.